



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Cátedra TIF

Trabajo Integrador Final

Vivir y crecer entre pantallas: ¿qué tipo de subjetividades produce?

Modalidad de presentación: Ensayo

Alumna: Bernasconi, Virginia

DNI: 42204697

Legajo: B-5887/4

Mail: virginiabernasconi9@gmail.com

Docente responsable: Mg. María Victoria Rabellino

Año: 2026

Agradecimientos

Este trabajo representa el cierre de un recorrido de formación que fue posible gracias al sostén y acompañamiento de muchas personas.

Algunos nombres.

En primer lugar, a Victoria Rabellino por su compromiso y su acompañamiento durante todo el proceso de escritura. Sus lecturas y sugerencias le dieron forma a este escrito.

A Ana Bloj, por su calidez, generosidad y su lúcida mirada.

A los docentes que formaron parte de mi trayectoria y que despertaron mi interés por el psicoanálisis.

A la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, por haber sido un faro durante estos años y un lugar donde tantos destinos encuentran un nuevo rumbo.

A Marina y Víctor, por estar siempre, por sostenerme y acompañar cada uno de mis pasos.

A mis hermanos, Valentina, Victoria y Martín, por compartir la vida juntos.

A mis abuelos Olga, Oscar y Norma, por su amor incondicional y la calidez de sus cuidados.

A Facundo, por la alegría y el amor.

A mis amigas, por la complicidad y la escucha.

A mi familia, por el apoyo y el cariño.

Índice

Resumen y palabras clave.....	4
Introducción.....	5
El niño y el Otro.....	7
Transformaciones culturales acontecidas en el siglo XXI.....	11
¿Crecer y vivir entre pantallas produce sujetos en situación de orfandad?.....	13
Reflexiones finales.....	18
Referencias bibliográficas.....	20

Resumen

El presente ensayo indaga la relación entre el niño, el Otro y las pantallas desde una perspectiva psicoanalítica, situando la problemática en el marco de las transformaciones culturales actuales. A partir de desarrollos de Sigmund Freud y Jacques Lacan, así como de los aportes de otros psicoanalistas contemporáneos, se aborda el lugar del Otro en los procesos de constitución subjetiva, entendiendo que el niño adviene como sujeto a partir de su inscripción en el deseo del Otro. Se analiza cómo las pantallas, presentes de forma temprana y sostenida en la vida cotidiana, introducen tensiones en las modalidades de lazo entre adultos y niños, especialmente cuando sustituyen escenas fundamentales de intercambio corporal y afectivo. Asimismo, el trabajo contextualiza las transformaciones propias de la cibercultura, considerando el debilitamiento de las referencias simbólicas tradicionales y de las funciones parentales. Se retoman aportes de autores contemporáneos que permiten reflexionar acerca de las nuevas formas de malestar y la posible producción de “orfandad” en las infancias actuales, entendida no como ausencia material de adultos, sino como falta de marcas singulares del deseo del Otro. Finalmente, se sostiene que el problema no reside en el uso de las pantallas en sí mismas, sino en las modalidades de intervención adulta y en el riesgo de que el mercado y los algoritmos ocupen dicho lugar.

Palabras clave: niño - Otro - pantallas - constitución subjetiva

Introducción

El presente ensayo propone indagar la relación del niño, el Otro y las pantallas, en el marco de una lectura psicoanalítica de las infancias contemporáneas. En la actualidad, la presencia de las pantallas en la vida cotidiana de niñas y niños se ha vuelto casi omnipresente. Desde edades tempranas, las tecnologías median escenas de juego, de alimentación, de sueño e incluso de intercambio con los otros. Esta transformación en las coyunturas que atraviesan las infancias en el mundo actual ocasiona, en muchos casos, dificultades en el proceso de constitución subjetiva.

Vivimos en una época de predominio de imágenes visuales, con muchos estímulos en simultáneo, en la cual la experiencia muchas veces no llega a producir huellas. De acuerdo con Janin (2018), consideramos que los avances tecnológicos posibilitan aperturas hacia nuevos escenarios, nuevas formas de vinculación, nuevas formas de aprendizaje, pero también introducen nuevas dificultades. Nos centraremos específicamente en las dificultades acontecidas en el lazo en los primeros tiempos de constitución subjetiva. En este escrito, nos interesa situar esta problemática en el marco de las coordenadas de la vida contemporánea, como bien planteó Freud (1930/1975), considerando que cada época produce formas singulares de malestar y modos específicos de tramitación. Esta perspectiva nos permite plantear algunas hipótesis sin caer en la deriva estigmatizante y condenatoria de las tecnologías ni, por el contrario, en la idealización de su normalización.

La irrupción de las pantallas en los escenarios cotidianos nos interpela como actores sociales, pero muy especialmente a quienes practican el psicoanálisis con niños. Desde antes de nacer, el niño es investido por el deseo de los padres: es hablado, soñado, fantaseado, y es en ese campo del Otro —del lenguaje, de la cultura, de la historia familiar— donde comienza a inscribirse su subjetividad. En este sentido, resulta fundamental indagar el lugar que ocupa cada niño en el deseo de la pareja parental. Tal como sostiene Liliana Cazenave, siguiendo la perspectiva de la enseñanza de Lacan, “el niño no es sujeto de entrada, sino más bien un objeto de deseo y de goce de los padres o quienes cumplen su función” (2020, p. 83). De este modo, la constitución subjetiva supone un recorrido que implica atravesar el campo del Otro para advenir como sujeto.

Ahora bien, las transformaciones propias de la época actual parecen poner en cuestión ciertas coordenadas tradicionales de la transmisión simbólica. El debilitamiento de las figuras del Otro y lo que Lacan (1978) conceptualiza como la “declinación social de la imago paterna” (p. 93) introducen nuevas modalidades de lazo que inciden en las formas en que los adultos se posicionan frente a los niños. Graciela Lucci (2024) introduce un concepto que nos aporta cierta claridad para leer las infancias actuales. Este es el concepto de orfandad. Se refiere a aquellos niños que quedan desprovistos de las

marcas del Otro. En los primeros tiempos de vida, se trata de que el deseo que los arroja al mundo no sea anónimo ni indiferenciado. La autora plantea que, frente a las transformaciones acontecidas en la figura del Otro es posible hablar de niños huérfanos de las marcas del deseo del Otro. En este sentido, a lo largo de este trabajo nos interesa indagar ¿de qué modo la presencia temprana y sostenida de las pantallas incide en las modalidades de lazo que se establecen entre padres e hijos en los primeros tiempos de vida? Asimismo, nos preguntamos ¿qué implica que estos objetos introduzcan tensiones en el ejercicio de las funciones materna y paterna?

El objetivo del presente trabajo consiste en analizar la articulación entre el niño, el Otro y las pantallas, tomando como punto de partida desarrollos teóricos clásicos del psicoanálisis en diálogo con autores contemporáneos y con interrogantes surgidos a partir de la experiencia realizada en el marco de las Prácticas Profesionales Supervisadas en un efector provincial orientado al cuidado de la primera infancia. En este sentido es que nos proponemos explorar si las pantallas en las que niños y adultos se ven inmersos pueden operar como mediadores o incluso como obstáculos en los procesos de construcción de los lazos primarios. Nos preguntamos: ¿Cómo inciden en la función del Otro? Y, en definitiva, ¿Crecer y vivir entre pantallas produce sujetos en situación de orfandad? Para ello, como ya se planteó, se privilegiará una perspectiva teórica orientada por el psicoanálisis.

En primer lugar, se desarrollarán los aportes psicoanalíticos que permiten pensar el lugar del Otro en la constitución subjetiva. En segundo lugar, se contextualizarán las transformaciones culturales propias de la época y el predominio de las pantallas como objetos que circulan en el lazo entre adultos y niños. Finalmente, se intentará problematizar la articulación entre el niño, el Otro y las pantallas, con el propósito de abrir nuevos interrogantes y aportar elementos de reflexión que contribuyan a complejizar la lectura del malestar actual.

El niño y el Otro

Para comenzar, esbozaremos algunos planteos desarrollados por el psicoanálisis que nos permiten ubicar los avatares iniciales que transita un niño al llegar al mundo. Formulaciones teóricas clásicas que dan cuenta de la imperiosa necesidad de un otro humano para la constitución subjetiva de un niño. Estos aportes nos servirán de apoyo para indagar las vicisitudes que se presentan en la época actual en relación a los nuevos modos de ligazón de niños y niñas a las pantallas y cómo ello incide en las figuras del Otro y en el deseo parental. Lo que hace décadas atrás aparecía en la literatura o en películas de ciencia ficción hoy deja de resultar tan lejano, ¿puede un ser humano advenir desprovisto de marcas humanas? ¿Qué ocurre con las marcas del Otro en un mundo mediado por pantallas?

Freud (1986), desde el *Proyecto de Psicología para neurólogos*, señala la prematuración biológica en la que se encuentra el recién nacido, cuyo cuerpo es inervado incesantemente por estimulaciones que no logran la descarga por la vía motora. Afirma que es preciso que sobrevenga el *auxilio ajeno* para que la descarga se produzca y cese el estado de inervación. Subraya que “un individuo experimentado advierte el estado del niño” (Freud, 1986, p. 362) y opera la acción específica cuya meta es el aligeramiento de la tensión. Estos planteos freudianos nos permiten situar por un lado, la fragilidad inherente a la condición humana ya que el recién nacido no puede valerse por sí mismo para realizar las operaciones más básicas que atañen a la supervivencia, y por el otro, la imperiosa necesidad de constituir un vínculo primario con Otro que intervenga sobre el cuerpo del bebé. Cuando decimos Otro, es importante servirse del concepto propuesto por Jacques Lacan. Es decir, el Otro con mayúsculas que está inscrito en el orden de lo simbólico. El vínculo con el Otro es indispensable para la constitución del psiquismo y para el advenimiento de un sujeto. Por supuesto, no es una operación que acontezca de una vez y para siempre. En todos los momentos de la vida es necesaria la presencia de un Otro como soporte y contención.

Es importante señalar que es a partir de la intervención del Otro, con toda su presencia y corporalidad, que la excitación propia del recién nacido puede cesar. Sin esa intervención sobre el cuerpo del niño efectuada por el adulto los estímulos resultan avasallantes para el psiquismo infantil. El cuerpo del adulto funciona así como receptáculo y soporte de los estímulos del niño. Este señalamiento adquiere especial relevancia para nuestro problema de indagación. Destacamos esta dimensión de la corporalidad necesaria -tanto del niño como del adulto- porque es lo que queda por fuera en las experiencias tempranas de niños con pantallas. Niños que por más que parezcan quietos y tranquilos se encuentran en un estado de excitación difícil de metabolizar. Niños que quedan ligados a las pantallas, en muchos casos, sin mediación adulta. Capturados

por el algoritmo y sin posibilidad de poner en juego el aligeramiento de la tensión por la vía motora.

Como mencionamos hace un momento, es preciso el vínculo con el Otro para el advenimiento del sujeto. Si afirmamos que el sujeto es a advenir es porque no lo encontramos de entrada. Lo suponemos, pero no lo está. Y esto nos lleva a considerar los aportes de Lacan para indagar cómo el niño deviene humano, qué es aquello que lo diferencia del resto de los seres vivos. Y especialmente, cómo es que deviene sujeto.

Lo que leíamos en Freud respecto al otro dispensador del auxilio ajeno, en Lacan lo deberemos situar como el Otro en tanto antecendencia lógica en la constitución subjetiva. Lacan realiza una operación de desdoblamiento de las figuras de la alteridad, siendo el otro semejante y el Otro como orden simbólico dos categorías que no se confunden aunque desde luego se interrelacionan.

No es suficiente, para Lacan, el nacimiento de un niño para que exista un sujeto. El nacimiento biológico no equivale al advenimiento del sujeto. Para que haya sujeto es necesario que el niño sea introducido en el universo simbólico, que sea nombrado, hablado y situado en una trama significativa que lo antecede. Se trata en todos los casos del deseo que lo hizo nacer, del deseo parental que hace de un niño su hijo. Y en este punto acordamos con Adela Fryd, para quien “somos todos adoptados de un deseo que nos hizo vivir y es así como nos reconocemos hijos del hombre” (2005, p. 24). Si hablamos de deseo, estamos haciendo referencia a la falta. A ese lugar, en el mejor de los casos, llega un niño al mundo. Lugar problemático sin lugar a dudas, pero ineluctable. Es por ello que sostenemos el interrogante ¿si todos somos adoptados por un deseo, nuestra época produce niños en situación de orfandad? ¿Podemos hablar de niños huérfanos del deseo del Otro, de niños desamparados? Preguntas que habrá que sostener para dar alguna respuesta provisoria.

¿Qué consecuencias tiene plantear que un niño es producto del deseo parental que lo anima? En principio diremos que para la constitución subjetiva es necesario, aunque no suficiente, una alteridad irreductible representada en las figuras de la madre y el padre o quienes cumplan su función. No suficiente porque el niño aporta su respuesta. O bien encarna ese deseo o bien lo rechaza. Aunque tanto el consentimiento como el rechazo admiten variabilidad. Esto nos lleva a afirmar que el ser humano no adviene en soledad, sino en el seno de un lazo que lo precede y lo funda.

Ahora bien, cuando en las experiencias tempranas lo que predomina es la ligazón (no diremos uso, ya que este término supone la utilización de las tecnologías como una herramienta, mientras que la noción de ligazón remite a un vínculo o enlace que excede la relación meramente instrumental) a pantallas de distinto tipo, ¿podemos pensar que hay un deseo homólogo al deseo parental puesto en juego? Se trata de interrogantes

propios de nuestra época que exigen ser pensados para que la clínica no quede fosilizada frente a las nuevas modalidades de lazo.

Precisamente, es en este punto donde la enseñanza de Lacan adquiere especial relevancia, ya que permite precisar que la entrada del niño en el campo del Otro se produce, en un primer momento, por su inscripción en el deseo del Otro. Liliana Cazenave sostiene que “el niño no es sujeto de entrada, sino más bien un objeto de deseo y de goce de los padres o quienes cumplen su función” (2020, p. 83). El niño comienza su trayecto como objeto de deseo y de goce del Otro.

Cabe destacar que un deseo se sostiene en los significantes que lo amarran. Y es por ello que para el psicoanálisis es crucial dilucidar qué significaciones se producen alrededor de ciertos significantes, no sólo en el seno de una familia sino en una época histórica particular. Las representaciones no son universales ni a-históricas, sino que varían a lo largo del tiempo según los discursos que las producen. Niño, madre, padre no son más que significantes; no poseen una realidad extra discursiva. Acordamos con Cazenave, quien sostiene que “el niño, la infancia, son construcciones formalizadas por distintos discursos, médico, jurídico, educativo, cada uno de los cuales tiene su propia definición” (2020, p. 13). En consecuencia, no podemos suponer que cuando hablamos de *niño* todos concordamos con la misma definición. Porque no todos lo abordamos desde un mismo discurso. Decir *niño*, no significa nada hasta tanto no sepamos en qué representaciones está sostenido. Sin embargo, conviene hacer una salvedad para aclarar que, si bien en este escrito utilizamos la categoría *niño*, se tiene en cuenta que su uso no excluye otras niñeces, ni subsume en un genérico las distinciones de género y diversidad; entendiendo que se trata de una categoría histórica y socialmente construida.

En palabras de Ana Bloj, “lo primero que debemos decir es que niños y niñas construyen su subjetividad a partir de procesos generados por el ejercicio de funciones, prácticas y discursos” (2025, p.22). De allí que resulte imprescindible localizar qué coordenadas están presentes en la producción de subjetividad de las actuales infancias. Si bien existen dimensiones estructurales que son invariantes en relación a la constitución psíquica de un niño, es necesario considerar de qué modo los discursos propios de la época intervienen en dichas operaciones. Esta perspectiva posibilita complejizar la problemática y evitar que quede reducida a la culpabilización de niños que no pueden desprenderse de las pantallas o de madres y padres que encuentran, en muchas ocasiones, dificultades para dar respuesta a dicha situación.

De lo anterior se desprende que no resulta posible pensar funciones, prácticas y discursos como categorías desagregadas. Por el contrario, se encuentran profundamente imbricadas: las funciones parentales se sostienen en los discursos circundantes y se encarnan en prácticas concretas, mientras que prácticas y discursos sólo adquieren

eficacia siendo soportados por el ejercicio de funciones. Se vuelve entonces imprescindible interrogar ¿a qué nos referimos cuando hablamos de funciones parentales? Y, ¿cómo nuestra época las interpela?

Cuando nos referimos a las funciones materna y paterna no las identificamos de manera directa con la madre y el padre. Si bien se relacionan no se confunden. Lo decisivo no es quién la encarna, sino que exista alguien en la materialidad que sostenga dichas funciones. Las transformaciones acontecidas en las configuraciones familiares contemporáneas -al menos en Occidente- impone desplazar la mirada de la familia tradicional del siglo XX hacia la diversidad de formas de parentesco hoy existentes. Pero aun así, en esa variabilidad de estructuras familiares, alguien encarna dichas funciones. Como afirma Anibal Leserre (2015) el término función señala un más allá de las constelaciones particulares, un más allá que sobrepasa lo que se espera socialmente de una madre o de un padre. La función materna se vincula, por una parte, con la atención de los cuidados básicos y la satisfacción de las necesidades primarias —alimentación, higiene, sostenimiento— y, por otra, con la transmisión de un deseo singular que toma a un niño por su hijo. Por supuesto, los cuidados de una madre están signados por la marca de sus propias faltas. Y es justamente lo esencial de una madre que tenga fallas en sus cuidados porque esto hará obstáculo a la madre ideal -que genera no pocos problemas en la subjetivación del hijo. Asimismo, otra cuestión fundamental en relación a la función materna es el consentimiento de la entrada de la función paterna. Con respecto a esta última, lo esencial es que el padre, en tanto nombre, es un vector de “encarnación de la ley en el deseo” (Lacan, 1988, p. 56), es decir, transmite una regulación. No es la ley sino que la encarna.

Es importante señalar que, así como la constitución subjetiva de un niño constituye un proceso largo y atravesado por múltiples vicisitudes, las funciones materna y paterna tampoco se presentan como dadas de antemano. Se construyen en el tiempo y también están sujetas a transformaciones, tensiones y contingencias. Están animadas por un deseo no anónimo, pero también atravesadas por las coyunturas epocales. En la actualidad nos encontramos con el desdibujamiento de las instituciones surgidas en la modernidad -en especial la familia y la escuela- y que fueron las que tradicionalmente sostuvieron el ejercicio de funciones de cuidado y de normativización de los sujetos. Como sostiene Bloj:

Asistimos así a un corrimiento de la adultez en el ejercicio de sus funciones en estos escenarios [virtuales], al mismo tiempo que se intensifica la captación de infancias y adolescencias por parte de las actuales tecnologías -en especial con los videojuegos y

diversos contenidos y herramientas digitales-, que buscan seducirlas y llevarlas hacia un nuevo espacio que las sustrae de la realidad material (2025, p. 20).

Es preciso entonces que realicemos una sucinta contextualización de la época actual.

Transformaciones culturales acontecidas en el siglo XXI

La incorporación de las tecnologías no es un hecho que haya acontecido en los últimos años. Más bien a lo largo de toda la historia se han producido innovaciones tecnológicas: desde la creación de herramientas de piedra hace más de 2 millones de años, pasando por la invención de la imprenta aproximadamente en el año 1440, la creación de Internet hacia finales de los años 60 hasta llegar a la actual era digital. Cada uno de estos hitos ha implicado modificaciones en los modos de producción, en la circulación del saber y en las formas de lazo social. ¿Qué es entonces lo que ocurrió en los últimos años?

En las últimas décadas asistimos a transformaciones que adquieren una intensidad y velocidad inéditas. La expansión de las tecnologías digitales y la creciente conectividad permanente reconfiguran los modos de habitar el tiempo y el espacio, introduciendo nuevas modalidades de comunicación, de acceso a la información y de organización de la vida cotidiana. Estos cambios impactan no solo en el funcionamiento del sistema económico y en los circuitos productivos, sino también en la organización del trabajo, en las dinámicas familiares y en los modos de producción de subjetividad. Asimismo, cabe destacar la experiencia vivida a partir del 2020 por la pandemia de COVID-19, acontecimiento que profundizó la centralidad de las tecnologías digitales en la vida cotidiana y del cual aún no vislumbramos todos sus efectos. Este hecho funcionó, en múltiples aspectos, como catalizador de algunas transformaciones que se venían sucediendo. Es por ello que corresponde tenerlo presente cuando intentamos realizar una sucinta descripción de la época actual. Hoy nos preguntamos aún sin muchas respuestas: ¿qué modificaciones en la subjetividad traerá aparejada esta pandemia?

Para Juan Carlos Volnovich (2011) más que presenciar simplemente la incorporación de nuevas tecnologías estamos atravesando significativos cambios culturales. De una cultura letrada –organizada en torno al lápiz y papel- hemos pasado a una cultura de la imagen, que a su vez ha dado paso rápidamente a la cibercultura.

En esta cibercultura lo que prima es la interconexión constante que produce nuevas modalidades de interacción social a partir del uso de las redes sociales, chats en línea, juegos virtuales. Lo novedoso es que posibilita la expresión de identidades híbridas, la red permite la multiplicación y diversificación de la identidad permitiendo la creación de

avatares o construyendo un perfil virtual. Sin embargo, más que una identidad narrativa e historizada, lo que parece imponerse es una creciente captura por la imagen. En tales circunstancias, si lo visual adquiere esta centralidad, resulta necesario interrogar qué lugar queda para la palabra en los procesos de subjetivación.

La primacía de la imagen y las nuevas modalidades de construcción identitarias pueden pensarse en relación con transformaciones culturales más amplias que tienden a situar al yo en el centro de la experiencia. Asistimos en nuestra época a lo que Éric Sadin (2022) en su libro *La era del individuo tirano: el fin de un mundo común* denomina la representación de uno mismo como liberado.

Lo que caracteriza nuestro presente, los albores de esta nueva década, es que, para muchas personas, el referente principal según el cual uno se determina y el que se convoca en casi toda oportunidad es uno mismo. El "yo" representa la fuente primera -y en general definitiva- de la verdad. (p. 32).

Si en la época de Freud nos encontrábamos con un yo avasallado por tres severos amos: el mundo exterior, el ello y el superyó, hoy nos hallamos frente a la representación de un yo liberado, una representación inflada de uno mismo. Ahora bien, ¿qué implica este nuevo ethos? Por un lado, creernos autosuficientes y creadores de nuestro propio destino. Y por el otro, sostener posiciones cada vez más desmarcadas de los otros debilitándose así todo cimiento de vida común. Un yo cada vez más aislado, más independiente y desvinculado de los otros.

En este punto retomamos a Volnovich (2011) para quien la nuestra tiende a ser una cultura sin Otro. A pesar de ello, no nos encontramos liberados del conflicto y el malestar. Los diagnósticos cada vez más tempranos son una constante en los tiempos que corren. La conectividad permanente se ha inmiscuido en la intimidad de los hogares, cada vez somos más dependientes de los aparatos electrónicos. La agresividad ha adquirido formas inéditas. En este sentido, ¿de qué libertad estamos hablando?

En este escenario, las pantallas constituyen objetos privilegiados de la cultura contemporánea. Pero no son un objeto más entre los miles que nos rodean. Son un tipo de objeto muy particular que ha trastocado los modos tradicionales de vida. Su presencia introduce nuevas coordenadas para pensar los procesos de constitución subjetiva en la infancia.

En este sentido, si bien el psicoanálisis ha subrayado el carácter determinante del campo del Otro en la estructuración del sujeto -tema que desarrollamos en el apartado anterior-, las condiciones culturales actuales invitan a complejizar el análisis incorporando

otras dimensiones propias de la época. Las pantallas modifican las condiciones en las que el Otro opera.

Janin (2018) propone que todos estamos un tanto desconectados ya que el exceso de conexiones nos lleva a mirar hacia otro lado. Los niños desde muy temprano están expuestos a experiencias que ya no son únicamente las del contacto corporal. Se produce en estas experiencias tempranas con pantallas una suerte de pasivización en donde el exceso de estimulación no puede ser metabolizado.

Entonces tenemos por un lado, adultos hiperconectados e hiperestimulados que miran para otro lado; y por el otro, niños que quedan capturados por las imágenes que se les presenta y que no cuentan con el acceso a la motricidad y el dominio del propio cuerpo como una vía para metabolizar tal estimulación.

Las pantallas ofrecen una multiplicidad de estímulos y pueden constituirse en herramientas de aprendizaje o de entretenimiento -según el uso que se les dé-; sin embargo, su uso temprano y sostenido también puede introducir dificultades cuando el niño queda expuesto a tales estímulos sin la mediación de un otro humano. El estímulo no se puede traducir en experiencia. En este sentido, la saturación de imágenes y excitaciones puede obstaculizar la posibilidad de que el niño transforme lo percibido en experiencia significativa. Lo que parece ponerse en juego, entonces, no es únicamente la presencia de las pantallas, sino las modalidades de intervención —o de ausencia de intervención— de los adultos en las escenas tempranas. Porque algo es sabido y es que las pantallas se han instalado en nuestro modo actual de vida. De esta manera, como futuros profesionales de la salud mental no se trata de adoptar una postura dicotómica en relación al consentimiento o rechazo de su uso sino más bien la construcción de una posición ética y crítica que acompañe a reflexionar en torno a la constitución psíquica de niñas y niños aun en estos escenarios tecnológicos.

¿Crecer y vivir entre pantallas produce sujetos en situación de orfandad?

Como ya hemos mencionado a lo largo del trabajo, adoptamos una posición compleja para analizar las tensiones que las pantallas introducen en la constitución subjetiva de niñas y niños en la actualidad. Cada momento histórico y cada territorio cuenta con coordenadas propias que hacen al armado de la subjetividad. En este sentido, no se trata de sostener una mirada idealizada de tiempos pretéritos, como si las dificultades fueran exclusivas de nuestra época. Tampoco de adoptar una posición desilusionada frente al presente. Más bien, se trata de interrogar las particularidades que adquieren hoy los modos de presencia del Otro frente a la ligazón de niñas y niños a pantallas.

Desde mediados de la década de 1960, Lacan advierte el debilitamiento social de la imago paterna y la caída de los ideales modernos, operadores fundamentales en los siglos XIX y XX. En *La Familia* sostiene que:

Como quiera que sea, las formas de neurosis predominantes a fines del siglo pasado son las que revelaron que dependían en forma estrecha de las condiciones de la familia. [...] Nuestra experiencia nos lleva a ubicar su determinación principal en la personalidad del padre, carente siempre de algún modo, ausente, humillada, dividida o postiza (Lacan, 1978, pp. 93-94).

Señala Lacan una relación entre las formas de neurosis del siglo XIX con las condiciones de la familia, y en especial con la personalidad del padre. En verdad, con la versión del padre que cada sujeto construye. Esto da cuenta de la centralidad que tenía la familia como institución formadora -e incluso normalizadora y neurotizante- de los sujetos. El sujeto hace síntoma con lo que le viene del Otro. Ahora bien, ¿qué transformaciones acontecieron en la familia desde entonces? ¿Con qué nos encontramos hoy en día?

Si bien estos planteos son previos a la expansión de Internet y de las tecnologías digitales, permiten leer ciertas transformaciones contemporáneas en las modalidades de lazo social. Resulta significativo que, contemporáneamente a estos planteamientos, comenzaran a desarrollarse las primeras formas de interconectividad que décadas más tarde darían lugar a Internet y a la cibercultura. No se trata de establecer una relación causal directa entre ambos fenómenos, sino de señalar que la incorporación de las pantallas en los distintos escenarios -especialmente en los que atañen a la vida familiar e íntima- parece profundizar ciertas coordenadas ya advertidas por Lacan en torno al debilitamiento de las referencias simbólicas tradicionales.

En *Dos notas sobre el niño* señala que:

La función de residuo que sostiene (y a un tiempo mantiene) la familia conyugal en la evolución de las sociedades, resalta lo irreductible de una transmisión -perteneciente a un orden distinto al de la vida adecuada a la satisfacción de las necesidades- que es la de una constitución subjetiva, que implica la relación de un deseo que no sea anónimo. (Lacan, 1988, p. 56)

Se desprende de esta cita la función estructurante que tiene la familia, en especial lo irreductible de una transmisión. En este contexto, la pregunta por el lugar del Otro adquiere una renovada vigencia. Si las funciones de transmisión simbólica se encuentran debilitadas y los lazos tienden a organizarse bajo modalidades cada vez más

individualizadas, “vínculos sin cuerpo” al decir de Janin (2018), resulta necesario interrogar de qué modo se producen hoy las marcas singulares indispensables para la constitución subjetiva. ¿La transmisión simbólica, cuyo agente principal Lacan ubica en la familia, puede darse en escenarios tecnológicos? ¿corresponde hablar de transmisión en el caso de lo que ocurre con las pantallas? En caso afirmativo, ¿cuándo opera una transmisión? ¿Los niños hacen síntoma con lo que reciben en los escenarios tecnológicos?

Y aquí es preciso retomar nuevamente lo que propone Lacan. En todos los casos, para el devenir subjetivo de un niño, se trata de que el deseo que lo arrojó al mundo no sea anónimo. Esto quiere decir que ese niño encarne un deseo singular, un deseo particularizado. Un adulto desea algo para ese niño, no importa qué. Lo esencial es que se produzca el encuentro con un deseo no anónimo que marca las consecuencias en lo subjetivo. Pese a que el deseo del cual somos producto -si es que lo hubo- puede suscitar algunas cuantas dificultades. En muchas ocasiones se vuelve harto problemático y toda la vida de un sujeto puede consistir en desprenderse de ese deseo que lo antecedió. Pero lo que ocurre en nuestra época es algo bastante diferente. Janin (2018) sostiene que los niños quedan pasivizados frente a las máquinas que los hipnotizan quedando a merced de un otro impersonal. El Otro detrás de las pantallas no tiene cara, nombre, historia, no se dirige al niño, menos aún lo considera un sujeto en proceso de constitución. A lo sumo se dirige al común de los niños tomándolos como objetos de mercado.

Hoy nos encontramos con figuras del Otro debilitadas, diluidas, y con la destitución de las instituciones (Lewkowicz, 2004) que producían infancia. Como sostiene Nieves Soria estamos “todos frente al espejo buscando esa mirada de reconocimiento, de valoración del gran Otro, ese gran Otro anónimo que se instala a partir de la evaporación del padre” (2022, p. 102). A diferencia de lo que propone Lacan, en las pantallas se trata del anonimato del deseo tanto de usuarios como de productores.

Los niños más que ser objetos que caen del campo del Otro son objeto del mercado. No se pueden terminar de constituir como sujeto porque no son un resto de esa operatoria fundante de la subjetividad.

Las ofertas promovidas por las pantallas suelen regirse bajo una lógica universalizante: contenidos diseñados “para todos”, algoritmos que uniformizan consumos, plataformas que buscan captar la atención de manera masiva e indiferenciada. No se toma en cuenta la singularidad de cada quien. Allí donde el deseo parental introduce una marca singular —ese niño y no cualquier otro—, el discurso algorítmico opera muchas veces borrando diferencias y produciendo experiencias homogéneas. El problema no reside entonces en la existencia de las pantallas en sí

mismas o en su uso -muchas veces necesario-, sino en el riesgo de que ocupen un lugar que desplace la mediación del Otro. Porque como bien señala Leserre (2015) la consecuencia producto de las identificaciones débiles y de la caída de los Ideales es que el individuo quede un tanto desorientado, desamparado, pero recubierto del cinismo contemporáneo. Desamparo sobre el que la industria mercantil y publicitaria se apoya para la creación de objetos que ofrecen un falso espejismo de satisfacción.

Es precisamente en este punto donde adquiere relevancia la noción de orfandad propuesta por Graciela Lucci. La autora no refiere a una orfandad material, sino a niños que quedan desprovistos de las marcas singulares del deseo del Otro. Niños que, aún rodeados de objetos, estímulos y conexiones, pueden encontrarse huérfanos de palabras, de miradas, de tiempo y espacio compartidos, de juegos y de operaciones simbólicas necesarias para la subjetivación. Y padres que, ante la caída de la autoridad, pierden la brújula, o bien se muestran exageradamente rígidos o permisivos. O como plantea Bloj, padres “bloqueados”: “(...) algo sucede que estos parecen ser desplazados, borrados, bloqueados en cuanto a cumplir alguna función en relación con los espacios tecnológicos” (2025, p. 19). El desamparo lo encontramos entonces de los dos lados: tanto del lado del niño como del adulto. Pero una diferencia es radical. Los niños aún están en proceso de constitución, requieren necesariamente de un Otro que sostenga funciones de cuidado y transmisión simbólica. Como afirma Bloj “el algoritmo nunca puede cumplir la función parental” (2025, p. 126) precisamente porque no está atravesado por ningún deseo y, hasta el momento, por una responsabilidad sobre el devenir de un sujeto.

Es por ello que nos preguntamos, ¿qué efectos tiene el debilitamiento de las marcas simbólicas en la transmisión entre adultos y niños? ¿Qué ocurre con el deseo en el siglo XXI? Y aún más, ¿con los mandatos morales en torno a lo que es ser padre y madre en este momento socio-histórico? Interrogantes que exceden los objetivos de este trabajo, pero que resultan precisos dejar planteados.

A modo de corolario, resulta interesante recuperar la experiencia de *Escuela para padres* impulsada por Eva Giberti en la década de 1950. La autora, frente a las transformaciones acontecidas en la familia en aquel momento, advirtió que muchos padres y madres se encontraban desorientados frente a la crianza de sus hijos y promovió espacios de divulgación, en especial en periódicos y televisión, destinados a acompañarlos en el ejercicio de sus funciones. Estos espacios consistían en brindar consejos para padres referidos especialmente a dos grandes ejes: el esclarecimiento sexual y el intento de correr a los niños de un lugar objetalizado. Como señalan Bloj, Mottino y Pintagro (2006), Giberti transmitía una idea central: “a los padres hay que educarlos, transmitirles un saber acerca de qué es un niño. Se trata de ayudarlos a ejercer su función” (p. 286).

La pregunta por cómo ejercer una función parental no es propia de nuestro tiempo. En ese momento histórico, la propuesta de Giberti respondía a las incertidumbres suscitadas en el ejercicio de la maternidad y paternidad de la época. Sin embargo, en las coordenadas actuales se ha producido un corrimiento de las referencias de los saberes expertos.

Aún cuando nos preguntamos si hay un saber experto, puesto que, como bien mencionamos a lo largo de este trabajo, así como un niño no nace sujeto, las funciones materna y paterna también son una construcción, son únicas, singulares e irrepetibles, incluso entre padres e hijos, porque es lo que acontece en el lazo con cada hijo en su singularidad. Hoy asistimos a una proliferación de consejos, modelos de crianza e ideales parentales que circulan a través de las pantallas, por medio de distintas redes sociales e *influencers*. Es por ello que reflexionamos que la nueva “escuela para padres” parece encontrarse dispersa en la web. Los adultos antes que consultar con algún profesional respecto a alguna de las cuestiones que los atraviesa en el modo de acompañamiento a sus hijos, muchas veces solicitan esa información a la inteligencia artificial. Y aun peor, en muchas ocasiones, se encuentran con respuestas universales, pero sin siquiera abrir alguna pregunta.

Esta transformación nos permite reflexionar acerca de una particular forma de orfandad que ya no concierne únicamente a los niños, sino también a los adultos. Madres y padres se encuentran solos frente a la exigencia de ejercer funciones complejas en un escenario saturado de información que los algoritmos se encargan de hacer llegar de manera efectiva. Modelos de maternidad, paternidad y educación que se presentan como válidos para todos. Allí también asistimos al anonimato del deseo dando lugar a la pérdida de la singularidad en la transmisión.

Para finalizar, resulta necesario interrogarnos acerca de qué prácticas estamos llevando a cabo como adultos que ejercen funciones sobre niñas y niños para no dejarlos solos frente a pantallas. Porque allí donde se produce un corrimiento de la presencia adulta, el mercado avanza ofreciendo objetos que pretenden ocupar ese lugar. Quizás sea preciso preguntarnos si ciertas formas contemporáneas de ligazón de niños y adultos no reproducen, bajo modalidades novedosas y silenciosas, algo de la lógica de los antiguos orfanatos. No ya instituciones destinadas a alojar niños sin familia, sino familias que no alojan a los niños quedando, en muchos casos, desprovistos de palabras, de miradas y de la presencia de un Otro capaz de implicarse en su constitución subjetiva. Conviene preguntarse qué modalidades de orfandad se producen en el siglo XXI.

Reflexiones finales

Las pantallas llegaron para quedarse y no caben dudas de sus significativos aportes para la humanidad; el tema es cómo y cuándo utilizarlas. Digo “utilizarlas”, y no “vivirlas”

Ana Bloj

A lo largo de este trabajo intentamos interrogar la articulación entre el niño, el Otro y las pantallas a través de una pregunta central: ¿de qué modo la presencia temprana y sostenida de las pantallas incide en las modalidades de lazo que se establecen entre padres e hijos en los primeros tiempos de vida? Para ello resultó necesario revisitar los desarrollos psicoanalíticos clásicos en torno a los primeros momentos de constitución subjetiva. Un niño no adviene como sujeto sino a partir de la inscripción en el deseo del Otro. Niñas y niños precisan del ejercicio de funciones parentales para la constitución de su psiquismo. Función que ni el algoritmo ni ningún aparato electrónico puede sustituir.

Partimos de la referencia de Lacan, para quien la constitución subjetiva implica la relación con un deseo que no sea anónimo. Esta formulación permitió orientar nuestro recorrido y, al mismo tiempo, interrogar las particularidades que adquiere dicha operatoria en las coordenadas culturales contemporáneas.

La época nos confronta con sujetos que parecerían retroceder frente a aquello que les concierne, padres que se resisten a transmitir un deseo que no sea anónimo, niños invadidos por decires neutros, indirectos, robotizados por las pantallas o incluso por padres que se corren de su lugar y no logran conectarse con ningún decir verdadero. (Perak et al., 2024, p. 284)

Si el advenimiento de un sujeto es posible a partir de marcas singulares provenientes del Otro, resulta pertinente preguntarse ¿quién o qué encarna el gran Otro hoy en día? El Otro ya no es tan consistente como en tiempos pretéritos por lo tanto cabe reflexionar acerca de los lazos en nuestra época, la era de la hiperconectividad.

Las pantallas se imponen desde temprano produciendo efectos tanto en niños como en adultos. Por su parte, en los niños cuando lo que prima no es un uso de las tecnologías acompañado y regulado por la presencia adulta, sino una ligazón en donde resulta difícil sustraerlos de la exposición a pantallas. Este hecho implica ciertas dificultades cuando no se han producido aún las operaciones fundantes de la subjetividad y cuyos efectos desfavorables no tardan en llegar. Niñas y niños quedan pasivizados frente a las pantallas, a merced de contenidos que en muchas ocasiones resultan difíciles de metabolizar, ya sea por el exceso de estimulación o porque el contenido no es el

adecuado para ese momento vital. Por supuesto si tenemos en cuenta la ética del psicoanálisis habría que precisar en cada caso particular cómo opera la presencia de pantallas y en qué medida puede ofrecer experiencias significativas. Pero cuando nos referimos a aquellos niños que quedan a solas con las pantallas resulta ser que hay un hilo muy fino entre ese quedarse a solas y quedar desolados.

Por otro lado, también hemos considerado el estado en el que quedan los adultos en el ejercicio de sus funciones. O bien quedan sin recursos para responder frente a esta situación resultando desorientados, o bien se encuentran invadidos de imperativos morales referidos al deber ser. El algoritmo les ofrece una transmisión vacía de sentido, pero que los interpela en sus funciones. Los adultos ya no apelan únicamente, como en tiempos pasados, al saber popular, religioso o científico, o a los saberes heredados por vía de la transmisión intergeneracional sino lo que observamos hoy en día es que recurren al saber que ofrece un Otro impersonal dando fórmulas y recetas que pretenden convertirse en consignas universales. Quedando de esta manera en una profunda soledad, desvalidos ante sus funciones, y a merced de lo que el mercado oferta como ideales de padre, madre, de crianzas. ¿Qué lugar queda para la transmisión cuando padres y madres buscan respuestas en un Otro impersonal?

Los contenidos de las pantallas se rigen por la lógica del “para todos” donde lo que prima es el anonimato del deseo. En contraposición, para el devenir de un sujeto resulta fundamental la existencia de un deseo particular, ese deseo que lo hizo nacer y que lo inscribe en una trama singular. En este sentido, como profesionales de la salud mental, seguiremos interrogando ¿qué consecuencias tiene para las infancias actuales crecer en un mundo donde gran parte del saber circula bajo formas anónimas o universales?

Quizás uno de los rasgos distintivos de nuestro tiempo sea, precisamente, la tensión entre la singularidad que requiere todo proceso de constitución subjetiva y la lógica universalizante promovida por el mercado y los algoritmos. Es allí donde el psicoanálisis puede desplegar toda su potencia, acompañando a niñas, niños y sus familias para que algo de la transmisión se produzca y para sostener experiencias capaces de producir marcas singulares.

Referencias bibliográficas

- Bloj, A. M., Mottino, N., & Pintagro, E. (2006). *Escuela para padres. La ilusión de un mundo sin neurosis*. En XIII Jornadas de Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-039/455.pdf>
- Bloj, A. (2025). *Jugar en la virtualidad: laberintos digitales, cuerpos en pausa: el día y la noche como continuidad*. Noveduc
- Cazenave, L. (2020). *¿Qué plantea el niño al psicoanálisis?* Cuadernos del Instituto clínico de Buenos Aires.
- Freud, S. (1930/1975). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 57–140). Amorrortu.
- Freud, S. (1986). Proyecto de Psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. I.). Amorrortu
- Fryd, A. (2005). Un niño es adoptado. En *Carretel: Psicoanálisis con niños* (N.º 7). Ediciones Grama.
- Janin, B. (2018). La incidencia de las nuevas tecnologías en la constitución subjetiva. En *Infancias y adolescencias patologizadas* (pp. 57-75). Noveduc
- Lacan, J. (1978). *La familia*. Argonauta
- Lacan, J. (1988). Dos notas sobre el niño. En *Intervenciones y Textos 2* (pp. 55-57). Manantial.
- Leserre, A. (2015). *Una lectura de notas sobre el niño*. Grama Ediciones
- Lewkowicz, I. (2004, 4 de noviembre). Frágil el niño, frágil el adulto. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-43161-2004-11-04.html>
- Lucci, G. (2024). Los niños huérfanos del Otro. *Punto de Fuga*, (12). <https://puntodefugarevista.wordpress.com/los-ninos-huerfanos-del-otro/>
- Perak, M., Canosa, J., Dafunchio, R., Galiussi, R., & López, E. (2024). Incidencias de la tecno-ciencia en los síntomas contemporáneos. *Anuario de Investigaciones*, 31, 279–286. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: el fin de un mundo común*. Caja Negra
- Soria, M. de la N. (2022). *Mutaciones: hacia una clínica del sujeto virtual*. Del bucle
- Volnovich, J. C. (2011). “Conectados ¿en soledad?”. *Imago Agenda*, (151), 3-16.